

Conferencia extraordinaria

Camilo José Cela y la Medicina*

José María Tejerina

Amigos todos:

Nuestro Presidente, Miguel Triola, artífice de esta memorable conmemoración de la fiesta de Nuestra Patrona la Virgen del Perpetuo Socorro, me indica haga la presentación de Cela. Estoy tentado de anunciar, simplemente, el excelentísimo señor don Camilo José Cela Trulock, y sentarme. A estas alturas, ¿qué cabe decir ya de don Camilo, el del premio, primer marqués de Iria-Flavia?

Pero a fuer de obediente colegiado, manifestaré unas cuantas noticias sobre Cela, el hombre, el escritor, y la Medicina. Camilo José Cela es un enfermo entrañable, un sufrido paciente; amén de fiel, devoto, agradecido amigo de los médicos. En su inmortal obra literaria se refleja, de continuo, la zozobra que la enfermedad desencadena en el ser humano. Así desde *Pabellón de reposo*, la novela *casi personal*, de Cela. Su primera vivencia de enfermedad somática convertida en prosa. Camilo José, en los albores de su hombridad, se angustia. Lo confiesa en una imagen patética: «La siniestra carretilla que transportaba entre las dos luces del crepúsculo, su dulce carga de adolescentes muertos».

Literariamente ya había manifestado el escritor gallego su desaforada repulsa ante el hecho absurdo de existir, en *La familia de Pascual Duarte*. En cuya 4.^a edición, por cierto, figura un prólogo, clarividente, de don Gregorio Marañón; el célebre diálogo entre el joven y el viejo. Mas, la obra que refleja la liberación de Camilo José de sus depresiones, es *El viaje a la Alcarria*. En las tierras de Guadalajara, durante su peregrinar solitario, el olor profundo de los campos borra de su piel el acre perfume de la tisis. Le hace experimentar la alegría de vivir:

*Muy de mañana
el río es de oro,
corre la aurora
por el sendero.
El río Henares
lleno de agua.*

El pesimismo de Camilo José Cela le venía de lejos. De su infancia. Nada más nacer, a poco se muere. Hubieron de darle, «el agua de socorro». Luego, a lo largo de la niñez, sufrirá numerosas descalabraduras. Una, muy grave, al caerse por unas escaleras y que le tuvo 3 días sin conocimiento. En su libro de memorias, *La cucaña y la rosa*, relata sus variadas y diversas dolencias; las intensas bronquitis en Londres. La tos ferina, con sus feroces ataques, en Iria. Un brazo roto, en Madrid. La desaparición de su prima Mariña, le aterroriza. Camiliño es un niño depresivo, solitario, con tendencia a las fugas, de salud precaria, muy delgado, muy rubito, que se acatarra con demasiada frecuencia; que tiene «bichiñas». Su adolescencia, más tarde, estará marcada por la agresividad y la desesperanza. Quisiera morir antes de cumplir los 20 años:

*Ven muerte, ven muerte,
prima hermana del sueño.*

Escribirá en su cuaderno de poemas, *Pisando la dudosa luz del día*. Las Parcas no le harán caso. A lo largo de

* Palabras de presentación pronunciadas en el Colegio de Médicos de Baleares el día 27 de junio de 1991, con motivo de haber sido nombrado Camilo José Cela, Colegiado de Honor del mismo.

su existencia padece, únicamente, dolencias benignas; la «cachitis», una fístula de ano; crisis de amigdalitis; catarros, por el vicio del tabaco; indigestiones debidas a su glotonería; trastornos derivados de su creciente obesidad.

Cela había atrapado el paludismo durante la Guerra Civil, en el frente de Extremadura. Años después, en 1949, cuando está dándole vueltas a *La Colmena*, comienza a sufrir unas fiebres tremendas que alcanzan, cada madrugada, los 41, los 42 grados. Le recetan quinina y se pone más amarillo que un chino. Llamen a don Gregorio Marañón y éste confiesa que no logra descifrar el misterio de esas calenturas. Sólo don Gregorio, pontifica Cela, podía admitir una cosa así. Hasta que dejan de inyectarle un extracto de hígado que le propinaban cada tarde, y se cura.

Muchos lustros después surge el crucial cólico miserere, originado por unos inocentes pero inquietos divertículos del colon que le llevan al quirófano por 3 veces consecutivas.

En la inmensa obra celiana pueden espiarse miles de referencias, más que a sus propias dolencias, a las de sus personajes de ficción. Que padecen variopintas enfermedades; lepras leoninas, purgaciones de garabatto, escandalosas orquitis, románticas tuberculosis, diabetes seniles con moscas en la bragueta, distonías neurovegetativas en señoras gordas, rubias, menopáusicas; pies planos y «cherrientos»; hemorroides operadas en el Seguro de Enfermedad... Insólitos y gravísimos accidentes de tráfico.

Se detiene Cela también en la descripción de antañones remedios; la emulsión Scott, la Sirolina Roche, el Ceregumil Fernández. Píldoras Fortan para menstruaciones dolorosas; el Sobre Verde, lavados vaginales; Erotyl, cura la impotencia. Jarabe Madariaga, alivia la tos. Y, otros remedios, vegetales o ungidos del regusto galaico por lo esotérico; jugos de plantas Boston, que

todo lo curan, valeriana para los pasmos y parális, abrótnano macho que hace crecer el pelo de las testas calvas... En *Mazurca para dos muertos* encontramos una extraña receta: «Cociendo cabezas de rana, cinco o seis cabezas de rana, con la flor del azúbar, se obtiene un jarabito que levanta el ánimo y cura la desazón de las novias...».

Otras curiosas noticias médicas se hallan en *Jesucristo versus Arizona*. Y, claro está, en *La colmena* y en *San Camilo 1936*, novelas que, junto a *Mazurca*, constituyen la trilogía más estremecedora de nuestra contienda civil y su penosa posguerra. Camilo José Cela viaja sin cesar. Tras la concesión del premio Nobel su vocación viajera le permite aceptar múltiples homenajes por toda la geografía del mundo. Mas, su pulsión vagabunda no le cura ya de la angustia soterrada del vivir.

Al fin, felizmente, *Desde el palomar de Hita*, Camilo José, a sus 75 años, indómito, recio varón, reconoce como panacea infalible para toda suerte de dolencias, somáticas y psíquicas, el amor. Y se casa con una bella joven rubia.

Milagrosa medicina. El Amor. Ya lo proclamó, tiempo ha, el Arcipreste:

Al mancebo mantien mucho en mancebez e al viejo perder faz mucho la vejez.

Igual que antaño vuelve a respirar Cela el olor profundo de los campos. Y ve correr de nuevo las aguas del Henares. Allí, en *El Espinar*, por las terreras encendidas de Cervantes, cerca de la Alcarria. Y siente, otra vez, la paz profunda del cielo azul surcado, levemente, por el revolar de unas palomas blancas que no conocen la fatiga «ni humillan jamás la cabeza cuando cortan el aire».

Y, como en su juventud, comprueba que, siempre, *muy de mañana, el río es de oro*. Bienvenido, Camilo José a nuestra Cofradía de Sanadores. En esta hermosa Isla de Mallorca, que tanto te quiere, admira y recuerda.